



Capítulo 11 — Piedras que vuelan

El ascenso a la colina fue lento, cuidadoso, como cada movimiento de Sira. Las piedras sueltas del terreno crujían bajo sus botas, y el viento del norte había perdido fuerza, pero no intención. Golpeaba de lado, levantando pequeños remolinos de polvo que parecían espiarla.

La figura que había divisado desde lejos resultó ser un poste.

No uno natural, sino tallado. De madera vieja, ennegrecida por el tiempo y las tormentas. Estaba clavado en una base de piedra irregular y llevaba marcas talladas: tres líneas paralelas en espiral descendente. Sira no las reconoció de inmediato, pero las dibujó en su cuaderno con gesto mecánico. Eran humanas. O al menos no eran obra del viento.

Alrededor, el terreno se abría en una meseta menor, antesala del verdadero altiplano. Desde allí se divisaban las primeras columnas rocosas que daban nombre a la región: siluetas alzadas, como si gigantes petrificados descansaran sobre la tierra.

Fue entonces cuando vio las huellas.

No eran muchas, pero sí recientes. Pisadas humanas, desordenadas, de varios pares de botas. Algunas pequeñas. No seguían un patrón claro: iban y venían, como si los dueños se hubieran detenido allí durante algún tiempo. Quizás un descanso. Quizás una vigilancia.

Sira se agachó. Tocó el borde de una de ellas. La arena aún no la había cubierto del todo. Dos o tres días, a lo sumo.

Respiró hondo.

No tenía miedo. No aún. Pero la presencia de otros seres humanos cambiaba la naturaleza de su viaje. Lo hacía menos puro, menos solitario. Más peligroso, también. Quedarse significaba exponerse, pero avanzar hacia la Meseta sin más preparación era arriesgarse a toparse con ellos sin aviso.

Eligió quedarse.

Buscó un punto alto, cubierto por vegetación baja: algo de matorral gris y arbustos de hojas coriáceas. Desde allí podía vigilar el camino hacia la meseta sin ser vista. Sacó su cuaderno, tomó notas, repasó mentalmente el trayecto.

Entonces, algo se movió.

Un pequeño grupo de aves despegó en estampida de un arbusto lejano, pero no por ella. Algo las había asustado desde otro punto. Sira aguardó en silencio, pero no hubo señales humanas.

Solo un zumbido leve, casi imperceptible. Insectos. Y luego... un batir de alas solitario, bajo.

Un ave más pequeña que las otras, quizás rezagada.

Sira ladeó la cabeza. Observó su trayectoria. Se movía a saltos entre arbustos, buscando semillas o insectos. Era rápida, inquieta. Una de esas presas difíciles, las que exigen precisión absoluta.

Sin pensarlo demasiado, desenrolló la honda.

La llevaba atada al antebrazo izquierdo, cubierta con una funda de cuero que había curtido ella misma. Las piedras iban en un saquito de tela áspera, elegidas una por una. Pesadas, lisas, ovaladas. Sira eligió una de color oscuro. Se incorporó apenas. Midió la distancia. Respiró dos veces. Y lanzó.

El sonido fue seco, como el chasquido de una cuerda tensada.

El ave cayó en silencio.

No había sangre, ni sufrimiento. Solo un cuerpo quieto en la arena, vencido por la física pura. Sira se acercó, la recogió con respeto y volvió a su escondite. Encendió una pequeña llama protegida del viento con piedras, despellejó al animal con precisión y lo asó sobre una lámina de metal que usaba como hornillo.

No era un festín. Pero era energía. Sustento. Control.

Mientras comía, pensó en su maestro. No recordaba su rostro con claridad, pero sí sus palabras: *"Una honda no es un arma, es una extensión del juicio. Solo quien mide bien, lanza bien."*

El sabor del ave era simple, terroso. Pero reconfortante. Por un momento, el mundo pareció volver a encajar.

Esa noche, Sira no durmió profundamente.

Escuchó pasos, aunque quizás fueran viento. Y a lo lejos, en dirección a la Meseta, creyó ver una silueta moverse entre los pilares. Solo una. Demasiado lejana para saber si era real. Pero suficiente para que el corazón le marcara un ritmo nuevo.

Había alguien más ahí fuera.

Y la patrulla aún no se había mostrado.

El susurro de las piedras

Sira dejó atrás la colina al amanecer, cuando los primeros haces de luz cortaban la bruma como cuchillos suaves. El cielo, aún teñido de gris, parecía resistirse a aclararse del todo, como si la jornada dudara en comenzar. Bajo sus botas, la tierra cambiaba: menos vegetación, más polvo fino, más piedra desnuda. La Meseta de los Pilares no se anunciaba con estruendo, sino con una especie de solemnidad mineral.

Frente a ella, el mundo se abría en una planicie fragmentada, salpicada de formaciones verticales que brotaban del suelo como dientes antiguos. Eran columnas, pilares naturales erosionados por siglos de viento y arena. Altos, deformes, algunos torcidos como si hubieran intentado resistirse al tiempo. Entre ellos, el terreno formaba pasillos, claros, callejones ciegos y pasos estrechos, como un laberinto sin techo.

Sira se internó en él sin vacilar.

Cada paso parecía más medido. El eco de sus movimientos rebotaba en las paredes de piedra, creando un retardo extraño, como si alguien caminara detrás de ella con un segundo de demora. Se detuvo una vez, dos, tres. Nada. Solo el viento, que aquí ya no corría: se deslizaba como si no quisiera ser oído.

Había entrado en el territorio de la Patrulla Silenciosa.

Lo sabía sin necesidad de marcas. Lo sabía por cómo reaccionaban sus sentidos, por la presión invisible que pesaba sobre su pecho. No era miedo. Era expectativa. El aire mismo parecía estar aguantando la respiración.

Pasado el mediodía, encontró un círculo de piedras dispuestas con intención. No era un altar, ni un refugio. Era... una advertencia. En el centro, descansaba un hueso largo, quizá de cabra, con una inscripción grabada a fuego: un ojo con la pupila hendida verticalmente, como la de un reptil.

No lo tocó.

Solo lo observó unos minutos. Tomó nota, dibujó el símbolo, memorizó el patrón de las piedras. Luego siguió.

La tarde se volvió más calurosa. El sol descendía sin alcanzar nunca el fondo de los pasos entre pilares. En esas sombras perpetuas, Sira se sintió a veces gigante, a veces diminuta. Cada columna parecía observarla, cada sombra parecía esconder algo. Pero todo seguía en silencio.

Hasta que llegó a una zona más abierta.

Una especie de cráter suave, rodeado de pilares curvados como los dedos de una mano petrificada. Allí, el suelo estaba agrietado. Sira se inclinó para tocar una de las fisuras y notó calor. No fuego, no lava. Calor seco, como el que sale de una piedra que ha estado al sol todo el día. Pero era tarde, y no había sol allí.

Se incorporó, alerta. Había huellas. Antiguas. Humanas. Algunas descalzas. Otras no. Y una, muy clara, con una línea en zigzag que la atravesaba. Como si una cuerda o cadena colgara del pie que la dejó.

No sabía qué significaba, pero no le gustaba.

Esa noche no montó tienda. No encendió fuego. Comió frío, apenas un poco de carne seca y agua del río que aún cargaba. Se acomodó entre dos piedras anchas, cubriéndose con la capa. El cielo sobre ella era claro, lleno de estrellas. Pero en las rendijas entre los pilares, algo parecía moverse. Una sombra aquí, otra allá. Ningún sonido. Solo la imaginación, quizás. Pero Sira no dormía fácilmente. No allí. No esa noche.

Soñó con pasos. Con un susurro que venía de las rocas mismas, como si la piedra hablara en un idioma roto. Soñó con ojos que se abrían en la oscuridad, no brillantes, sino opacos, inmóviles, antiguos.

Despertó antes del alba. Su corazón latía con fuerza. Todo seguía en su sitio. Pero una piedra —una sola— había sido colocada junto a su bota, donde no había ninguna la noche anterior. Lisa. Ovalada. Perfecta para una honda.

No la tocó.

Se puso en pie, estiró los músculos, bebió un sorbo de agua. Alzó la vista hacia el este. Los pilares continuaban. No tenía elección. Solo podía seguir.

Y lo haría. Porque el objetivo estaba más cerca. Porque ahora sí sabía que no estaba sola.

Erik el rojo

Documento creado por: www.erikelrojo.com